

MISION DE LA UNIVERSIDAD

Por VICENTE MACHIMBARRENA, Ingeniero de Caminos.

Nos satisface publicar la conferencia escrita por el Excmo. Sr. D. Vicente Machimbarrena y leída el 9 de septiembre en las reuniones de la Universidad de verano de Vitoria, por el Ingeniero de Caminos D. Pedro Ortiz Atauri, que actualmente estudia en el Seminario de Vitoria la profesión de sacerdote secular.

I

Cultura y civilización.

El notable pensador D. José Ortega Gasset lanzó a la discusión, el año 1936, el asunto de la "Misión de la Universidad", y en abril de 1943 di una conferencia en el Instituto de Ingenieros Civiles sobre "Ordenación de la Enseñanza", en la que abordé el mismo tema de palpitante interés, no sólo nacional, sino también internacional; porque en mi concepto, por haberse desviado, especialmente en los siglos XIX y XX, de lo que debiera ser la verdadera y única misión de la Universidad, ha llegado el mundo, sobre todo Europa, al estado de miserable descomposición en que ahora se encuentra.

Desde la atalaya de su cátedra de Profesor de la Universidad Central de Madrid vislumbró Ortega el mal radical que padece la Universidad, no sólo en España, sino en el mundo entero, pues dijo que su verdadera y única misión es el fomento de la cultura; pero no puntualizó el remedio, sino que se contradijo al decir que la Enseñanza Superior consiste en "Profesionalismo e Investigación", aunque luego añadía, con razones copiosas, que la tarea esencial de la Universidad debiera ser — como antes fué su única tarea, en la época de su máximo prestigio, cuando en España, Salamanca y Alcalá de Henares competían con Oxford y París — fomentar la cultura en una Facultad especial a la que acudiesen sin distinción todos los escolares de las demás Facultades puramente profesionales (Medicina, Abogacía, Farmacia; etc.), y yo añadido que también por el mismo motivo los de las Escuelas Especiales de Ingeniería y Arquitectura, Facultad especial que fuese toda la preocupación de la Universidad.

Antes de seguir adelante voy a definir algunos conceptos fundamentales que están en la mente de todos, y que por lo mismo se escapan cuando se trata de precisarlos, como ocurre con el de *Cultura*, que no hay dos pensadores que la definan del mismo modo. Los más se conforman con hacer divagaciones generales, pero que les basta para tener continuamente en los labios la palabra cultura.

Siguiendo esta norma diré que la cultura sirve esencialmente para alcanzar la serie de conocimientos vitales que en cada época de la historia de la Humanidad se deben poseer para seguir sin vacilaciones el sendero de la vida. Gracias a ella tiene el hombre una idea general de la Ciencia, de la Moral y del Arte, que le abre los caminos de la vida en la selva enmarañada de la existencia. La cultura, según esto, es un ensanchamiento del horizonte mental, que le sirve de orientación y de guía en todas las actividades éticas, estéticas e intelectuales, y huelga llamarla general, como se dice con frecuencia, porque cultura, si no es general, no es propiamente cultura. Su trayectoria en el tiempo es única, con máximos y mínimos, de los que aquéllos suelen coincidir con las épocas de ponderación de todas las facultades morales y, por lo tanto, religiosas, imaginativas, intelectuales y también físicas del hombre, de cuya armonía surge, en cada época de la historia, el ser ideal culto.

Con el progreso incesante de la Humanidad, debido a los de la Ciencia y la Técnica, gigantesco en los siglos XIX y en lo que va del XX, es cada vez más difícil ser culto. Antes, todos los hombres consagrados al estudio eran cultos, por ser relativamente escaso el caudal de sabiduría de la Humanidad, y como consecuencia, fácil poseer la serie de conocimientos vitales de entonces, y hasta había personas que, sin tener profesión, por no haberla necesitado para satisfacer las necesidades materiales de su vida, se consagraban al deleite de la cultura, que no es, como algunos pretenden, un simple ornamento de su formación espiritual, sino algo más fundamental que la profesión y la misma Ciencia.

Recordemos, por ejemplo, los tiempos de San Isidoro, el Santo Doctor de Sevilla, en los que todo el saber se concentraba en las materias divididas en dos grupos, que se llamaban *trivium* y *cuadrivium*, compuesto el primero, como su nombre lo indica, de tres enseñanzas, a saber: Gramática, Retórica y Dialéctica, y el segundo, de cuatro: Aritmética, Música, Geometría y Astronomía.

Es de observar que, en líneas generales, esta división se conformaba con la moderna de Letras y Cien-

cias, aun cuando relacionando la Música, como arte de la medida y el ritmo, con el segundo grupo.

En general, la enseñanza se apoyaba, como ahora, en conocimientos literarios y filosóficos de la antigüedad clásica grecorromana.

Los estudios superiores se reducían a la Filosofía, en sus principales ramas de Física, Metafísica y Moral, para coronarlas con las teológicas, meta que aspira a Dios como suprema perfección de todo el Saber.

En los tiempos actuales ha crecido tan desmesuradamente el patrimonio del saber, que son pocos los que tienen aliento y capacidad para asimilar tantas ideas, aunque se ofrezcan fuertemente condensadas, por lo que el hombre de facultades corrientes se especializa, contentándose con cultivar tan sólo una rama del frondosísimo árbol del saber, y surge el especialista inculto, tipo deforme de la civilización contemporánea, al que Ortega califica crudamente de nuevo bárbaro y de ser la causa inmediata de la desmoralización europea.

Van faltando cada vez más los seres del tipo de los antiguos filósofos, a quienes todo lo humano interesaba. Nos hallamos en la era del profesionalismo práctico, que desdén las dilatadas perspectivas, con mengua del desenvolvimiento integral del hombre.

Civilización es un concepto distinto y de raíces mucho menos hondas que el de cultura. Es tan sólo la aplicación de los progresos técnicos a la satisfacción de las necesidades materiales de la vida para hacerla cómoda y agradable; pero como los progresos moral y artístico fueron rezagados respecto a aquél, sufrieron la crisis consiguiente. En la antigüedad, Atenas fué cultura; Roma, civilización. Por eso, en arte arquitectónico Roma fué tributaria de Grecia, que creó los órdenes clásicos de columnas de tan justas proporciones, que parece obra de Dios más que de los hombres. Roma, en cambio, amó la Ingeniería, o sea, las obras utilitarias (calzadas, puentes, acueductos, etc.), y desvirtuó dichos órdenes para emplearlos en la ornamentación de sus grandes monumentos imperiales (circos, anfiteatros, termas, etc.), o sea, de modo superficial. Por eso la caída de ésta fué más rápida y rotunda. No pudo resistir al soplo huracanado de los pueblos bárbaros del Norte, llenos de vitalidad, por carecer del arma defensiva de la cultura. En cambio, la decadencia del helenismo fué mucho más digna y lenta y hasta pudo florecer en el Renacimiento.

II

Los tres grados de la Enseñanza.

En tres grados suele, lógicamente, dividirse la Enseñanza, de acuerdo con el desarrollo sucesivo de las facultades del hombre.

La Enseñanza Primaria, que debe ser general y obligatoria, comienza con los primeros destellos de las

facultades cerebrales, y como la memoria surge antes que la inteligencia, se aprovecha aquella preciosa facultad para que el niño aprenda a hablar, leer, escribir, contar, rezar, dibujar, cantar, o sea, el conjunto de conocimientos que suministran después a la inteligencia una cantidad de cosas útiles que, sin esfuerzo de la memoria, se deben someter en la Segunda Enseñanza al juicio severo de la razón.

La Segunda Enseñanza es, esencialmente, formativa de todas las facultades del hombre: cerebrales, morales y físicas en el período de desarrollo, por lo que, lógicamente, debe ser cíclica; pero no en serie, sino en paralelo, es decir, que no se dividirán las materias de estudio como los capítulos de un libro, para darse uno cada año, sino todos al mismo tiempo, cada vez con más extensión y profundidad, compatibles con el grado intelectual del alumno, jamás del profesor; porque no hay que olvidar ni un momento que aquél, el alumno, es el protagonista de la enseñanza.

La Enseñanza Superior se dará a inteligencias ya formadas y seleccionadas. Por eso puede ser intensiva y enciclopédica en las materias a que se consagre.

Lo más importante es todo lo relativo a la Segunda Enseñanza y su reforma, dictada por la Ley de 20 de septiembre de 1938, es, en términos generales, un gran acierto. Sus preámbulo y artículo preliminar son perfectos, lo mismo que la mayoría de sus bases; pero tanta importancia como la buena orientación de la Ley, tiene su acertada aplicación, lo que hasta ahora no se ha hecho.

Hay que podar en general, de los planes actuales, gran número de asignaturas y simplificar los programas o cuestionarios de las que subsistan, pues no hay que enseñar más que lo que el estudiante pueda aprender con holgura y plenitud.

Es trascendental en esta Ley la supresión de los exámenes memoristas por asignaturas o por cursos ante Tribunal y la separación de las funciones docente y examinadora, y confiar la concesión del título de Bachiller a un Examen de Estado, organizado por la Universidad.

La Ley concede grandes prerrogativas a la enseñanza privada, debiendo servir los Institutos Nacionales de modelo.

El principal defecto del Bachillerato español ha sido la facilidad con que se ha alcanzado el título correspondiente por la lenidad de los Tribunales de examen. No se hacía, ni en el ingreso ni en el transcurso de los años, la selección necesaria para eliminar a los faltos de inteligencia, voluntad y disciplina, que son un lastre y, por lo tanto, una rémora para el desarrollo de la cultura.

El problema de la selección se ha agravado desde que un alud de estudiantes de ambos sexos invaden Institutos y Universidades, mientras quedan abandonadas otras actividades de la vida nacional.

Para fortalecer la Segunda Enseñanza hay que reducir la población escolar que acude a los Institutos, haciendo eliminaciones rigurosas en todos los años, pues no es conveniente que el desengaño venga al final, con la pérdida de un tiempo que debió consagrarse a otras actividades más útiles.

Si el Bachillerato se encauzase bien, sería altamente beneficioso a la Enseñanza Superior, con lo que los exámenes de ingreso, que debieran hacerse en todas las Escuelas y Facultades profesionales, quedarían reducidos a un concurso-oposición entre los que aprueben el Examen de Estado, con lo que los alumnos, en vez de considerarlo como un grado intermedio de la Enseñanza, que había de pasarlo de cualquier manera, y cuanto antes mejor, verían que se estaban preparando para alcanzar el título profesional que colma sus aspiraciones.

Si en cada profesión no se dieran cada año más títulos que los requeridos por las necesidades nacionales, se acabarían los médicos sin enfermos, los abogados sin pleitos y los ingenieros sin obras.

III

El Ministerio de Cultura.

Las Universidades debieran ser la coronación de los estudios culturales de la Primera y Segunda Enseñanzas, que estarían regidas por un Ministerio, el antes de Instrucción Pública, ahora de Educación Nacional, pero que sería más propio llamarlo de Cultura, si el fomento de ésta, como sostengo, fuese su única misión, tarea inmensa y suficiente para llenar el objeto de un Ministerio, que ahora está muy abandonada.

La idea simplista de que toda la Instrucción Pública de la Nación esté concentrada en el Ministerio que llevaba su nombre, condujo equivocadamente, en tiempos de la República, siendo Ministro un Profesor universitario, a trasladar a él las Escuelas Especiales de Ingenieros, rompiéndose la tradición de que pertenecieran a los Centros Ministeriales que utilizasen los servicios y actividades de cada especialidad de la Ingeniería, por lo que saben mejor los conocimientos que deben poseer y los métodos de enseñanza más adecuados. Tenía esto la sanción de la experiencia, ya que los Centros de Enseñanza más afamados de España venían siendo, desde su creación, las Escuelas Especiales de Ingeniería.

Recuerdo que, hablando de esto con el Ministro aludido, me dijo que había que infundir en dichas Escuelas el espíritu universitario. ¿No sería lo contrario mejor?, le contesté; pues, como vengo diciendo, creo

que la Universidad no cumple su elevada misión, y en cambio aquéllas sí, aunque más modesta y sencilla.

Por eso me afané, siendo Director de la de Caminos, en que la Escuela Especial del Cuerpo volviera a depender del Ministerio de Obras Públicas, lo que se logró por Decreto de 21 de octubre de 1935, pero las demás siguen dependiendo del Ministerio de Educación Nacional porque sus Directores no tuvieron misión.

Sería más lógico, y por lo tanto mejor, que las Escuelas Especiales de Agricultura y Montes y la Facultad de Veterinaria, dependieran del Ministerio de Agricultura; las de Minas e Ingenieros Industriales, del Ministerio de Industria; la Facultad de Medicina, de la Dirección General de Sanidad; la Escuela de Telecomunicación, de la Dirección de Comunicaciones, y ambas, por lo tanto, del Ministerio de la Gobernación; la Facultad de Derecho, con los Seminarios, del Ministerio de Justicia, y la Escuela de Diplomacia, del Ministerio de Estado, del mismo modo que, lógicamente, las Escuelas Militares de todas las Armas dependen del Ministerio de la Defensa Nacional (Ejército, Marina y Aviación).

Al Ministerio de Cultura le bastaría ocuparse intensamente de la Primera y Segunda Enseñanza y de las Escuelas Superiores de Alta Cultura propias de la Universidad, tales como las de las Facultades de Filosofía y Letras, etc., y de cuantos Organismos y Centros culturales existan en la Nación, tales como el Instituto de España, que abarca todas las Academias Nacionales; la Dirección de Bellas Artes (Música, Teatro, Pintura, Escultura, Arquitectura — en cuanto no es profesión —, la Dirección de Museos y Bibliotecas, etc., etc.), desentendiéndose de todo lo puramente profesional.

No es lo mismo hacer profesores, abogados, notarios, médicos, boticarios, ingenieros, veterinarios, etc., que ser jurista, fisiólogo, físico, bioquímico, sociólogo, matemático, filólogo, geólogo, etc. Los primeros estudian con fines, ante todo, utilitarios, para ganarse el sustento en el ejercicio de una profesión; los segundos son seres mucho más altruistas, que aspiran a saber, sin idea de lucro, para dar satisfacción a su espíritu siempre alerta.

Así un Torres Quevedo inventa, que es el honor mayor de la Humanidad culta, y lo hace, en general, sin una necesidad práctica inmediata, que es lo más superior que cabe hacer, y Torres Quevedo estudió la profesión de Ingeniero de Caminos, pero ante su vocación no la ejerció como tal. Ni siquiera adquirió el derecho de ingresar en el escalafón del Estado, por lo que fué declarado Ingeniero libre, libertad que necesitaba para pensar, discurrir por su cuenta e inven-

tar, por ejemplo, el ajedrecista automático, que hasta parece que se incomoda cuando su contrincante se equivoca, suspendiendo bruscamente la partida.

Algo parecido ocurrió con La Cierva, también Ingeniero de Caminos, inventor del autogiro, aparato volador que aterriza en poco terreno con seguridad absoluta, por lo que se atrevió a llevar a su madre en una prueba que presencié.

IV

Desequilibrio entre los progresos material y moral.

Los que nacimos en el siglo XIX y llegamos en él a la madurez de la vida, estábamos acostumbrados y orgullosos de llamarlo Siglo de las Luces, por los extraordinarios progresos realizados en él; así es que oímos con asombro a muchos de los que salieron de la infancia al comienzo de la primera guerra europea, o sea, a los que su vida corriente está enclavada en el siglo actual, que aquél era descalificado hasta el punto de llamarlo estúpido siglo XIX.

París era el foco de la civilización; se le llamaba *Ville Lumière*, y sus Exposiciones Universales, celebradas en la segunda mitad del siglo XIX, pregonaron los triunfos de la Ciencia, y sobre todo de la Técnica. Los grandiosos palacios de la Industria, de la Ingeniería Civil, de las Máquinas, de la Electricidad, etc., mostraron al mundo, en concentración cuidadosamente ordenada, los maravillosos progresos de las Ciencias Físicas y sus aplicaciones prácticas. Nace entonces, y contribuye en primer término a estos progresos, la figura científica, técnica y social del Ingeniero, que tiene, en el siglo XIX, la resonancia que alcanzó el Teólogo durante la Edad Media. Los grandes matemáticos Leibnitz, Newton, etc., creadores del cálculo infinitesimal y la mecánica racional, fueron sus precursores.

Se fomenta así la civilización de mucha menos entraña que la cultura, pues aquélla atiende principalmente a los beneficios materiales mediante el desarrollo de carreteras, ferrocarriles, aeródromos, pantanos, repoblaciones forestales, cultivo de tierras, fábricas, sanatorios, orden con mucha policía, etc. En cambio, la obra cultural, más que del bienestar material, que no desdeña, se preocupa del orden moral, de satisfacciones espirituales que apetece el alma.

Con los progresos materiales, el patrimonio de la Humanidad creció desmesurado, y el hombre, esclavo del trabajo, no fué más feliz que en las pasadas edades.

Para proteger a los seres débiles contra los fuer-

tes, dueños del capital, nacen y florecen en la segunda mitad del siglo XIX infinidad de Leyes protectoras para humanizar el trabajo, lo que se creía posible gracias a la técnica del Ingeniero, que iba poniendo al servicio del hombre las fuerzas naturales con el auxilio de las máquinas, y es indudable que se realizan importantes progresos en el orden social; pero la riqueza, al crecer desmesurada con el trabajo frenético de los hombres, y su cristalización en capital, se reparte con más desigualdad que nunca.

Para protestar de estas injusticias nacen las Escuelas Socialistas, que predicán teorías utópicas, cuyo fracaso y los abusos del capitalismo codicioso, trajeron la lucha de clases con actos de violencia, que hicieron imposible la producción ordenada. Y no es esto lo más grave. La civilización puramente científica y tecnicista, pretendió someter a leyes inflexibles la moral y casi suprimir por inútil el ansia religiosa. Un positivismo materialista embota las conciencias. Casi todos los intelectuales se hacen heterodoxos y la impiedad y el indiferentismo religioso corroe las creencias de los hombres.

Este desequilibrio entre los progresos material y moral ha conducido a la catástrofe en que está sumido el mundo, y para que el bajel de la civilización, que marcha a la deriva, no se estrelle, es indispensable que sea guiado por el timón de la cultura, de lo que después de la guerra redentora, está dando el ejemplo España, proclamando que, para que la Humanidad se salve, es indispensable que los principios morales rijan al mundo en un renacimiento que dé satisfacción completa a las eternas inquietudes espirituales del hombre. Por eso, al ver que su civilización se tambalea, los mejores ojos se vuelven a España.

V

Cultura, Profesión y Ciencia.

Cultura y Profesión, aunque son actividades distintas, casan a maravilla, y como la primera, insistimos en que debe ser misión única de la Universidad, y la segunda, de las Escuelas Especiales de Ingenieros y Arquitectura y Facultades Universitarias Profesionales, deben existir entre aquélla y éstas íntimas relaciones, por ser unas y otras actividades vitales que en todo momento reclaman la atención del hombre con decisión inaplazable, pero que, por lo mismo, es fácil involucrar misiones tan dispares.

Esta es la confusión en que incurre repetidas veces en su estudio de la "Misión de la Universidad" Ortega y Gasset, al decir, por ejemplo, que "la Sociedad necesita buenos profesionales — Jueces, Médi-

cos, Ingenieros —, y por eso está ahí la Universidad con su Enseñanza Profesional". No; porque aunque es cierto que la Universidad actual se ocupa de eso, es precisamente esa la causa de su lamentable decadencia, ya que, por lo mismo, tiene descuidado el fomento de la cultura, de la que sólo se ocupa de un modo vago, casi platónico, como conocimiento ornamental, aunque diga que conviene que el estudiante universitario reciba algo (?) de cultura general, término, este último, absurdo, porque cultura que no es general ya he dicho que no es cultura, y al llamarla así se acusa su falta de sinceridad en el consejo, que acentuó la palabra *algo*, siendo así que debe ser todo y único.

También conviene aclarar el papel de la Ciencia en la formación cultural y profesional, pues ni en una ni en otra, la Ciencia juega papel esencial, aunque ambas se nutran de ciencia. Con gran acierto dice Ortega y Gasset que "hay que sacudir bien de ciencia el árbol de la profesión. El profesional que *flirtee* con la Ciencia, sólo hará ciencia chirle; el cientifismo y la investigación llevada a la Universidad han conducido a la pedantería a cualquier pelafustán que ha estado seis meses en un laboratorio o seminario alemán o norteamericano; cualquier sinsonte que haya hecho un descubrimiento científico se repatriará convertido en un nuevo rico de la Ciencia, en un *parvenue* de la investigación". Así escribe Ortega en su peculiar y pintoresco estilo.

Los laboratorios, tan indispensables hoy en los estudios profesionales, han contribuido mucho a esta confusión entre Profesión y Ciencia; porque en ellos se investiga cuándo los utiliza un científico, pero también se enseña y aprende más frecuentemente cosas sabidas. Todos los laboratorios de las Escuelas de Ingenieros y de las Facultades Universitarias Profesionales, tienen casi exclusivamente esta finalidad. En ellos, casi excepcionalmente se investiga. La formación científica requiere que a ella se consagren hombres de gran inteligencia y especial vocación, y siempre en número mucho más reducido que el de profesionales. La Ciencia, sin embargo, es indispensable a los Centros Superiores de Enseñanza, pues es su atmósfera vital, pero el Ingeniero, el Médico, el Abogado, etc., no son, en general, hombres de Ciencia. El científico puro vive en constante interrogación, y por eso investiga, se plantea problemas, discute soluciones, como necesidad de su espíritu siempre alerta e inquieto. El profesional, en cambio, es hombre de acción y no debe vacilar en sus determinaciones. Ante el enfermo que se muere, la obra que se hunde, el pleito que se pierde, huelgan las disquisiciones. El médico ha de extender en el acto la receta o tratamiento que cure; el ingeniero, la fór-

mula o la disposición urgente que sostenga; el abogado, el artículo de la Ley o la Jurisprudencia que convenga. No pueden permitirse el lujo de invertir su tiempo en trabajos de investigación, lentos por su propia naturaleza. Se sirven de la ciencia que otros se encargan de que progrese.

* * *

Es difícil actualmente organizar en la Universidad la enseñanza de la cultura por el abandono en que ha tenido esta misión y por el crecimiento desmesurado del saber, que obliga a un trabajo de síntesis análogo al que hace un hombre cargado de ciencia, al escribir un manual o un epítome en que fije el esquema de su sabiduría. Ha de procederse a una integración de los conocimientos humanos mediante una racionalización intensiva de los métodos de enseñanza, desde la Primera a la Superior, y de un modo más radical e intenso que en la Segunda Enseñanza, que es la encargada especialmente de la cultura y la que más se ha desviado de su misión por el afán inmoderado de acumular en los programas de las asignaturas, que también hay que reducir, una cantidad inútil, y por lo tanto perjudicial, de conocimientos a la verdadera cultura.

Para la Enseñanza Superior Universitaria hay que crear una pedagogía propia de que hoy carece.

V I

Autonomía de los Centros de Enseñanza.

A fin de evitar la confusión actual entre cultura y profesión, conviene romper radicalmente el vínculo que tradicionalmente une a la Universidad con las Facultades Profesionales, que se hizo extensivo a las Escuelas Especiales de Ingeniería y Arquitectura, y organizarlas de un modo parecido a como está la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; que depende administrativamente del Ministerio de Obras Públicas, y que desde el año 1926 goza de la tendencia moderna de conceder vida propia a todo Centro o Servicio capacitado para regirse por sí mismo, descargando al Estado de la improba labor que se acumula al intervenir en la compleja vida contemporánea. Para lograr este propósito se creó un nuevo organismo llamado Junta de Gobierno.

La autonomía, al mismo tiempo que aflojaba los vínculos que unen a la Escuela con el Centro Ministerial de que depende, forjaba otros nuevos, porque autonomía no es independencia.

Al contrario, el Estado no pierde de vista el funcionamiento del Centro autónomo, pues la Junta de

Gobierno, de carácter esencialmente social, es presidida por el Ministro, y sus raíces se hallan no sólo en los Centros técnicoadministrativos, como el Ministerio y el Consejo de Obras Públicas, sino también en las Empresas que tienen interés en el buen funcionamiento de la Escuela, tales como las de Ferrocarriles, Riegos, Hidráulicas y Constructivas, así como en las Asociaciones corporativas de Ingenieros de Caminos y de alumnos de la Escuela.

La autonomía ha dado a la Escuela personalidad jurídica para poseer y enajenar bienes de todas clases, y con los recursos asignados en el Reglamento, forma todos los años el Director el presupuesto general que, informado por el Claustro de Profesores, es sometido a la aprobación de la Junta de Gobierno. Pasa después al Ministerio para su conocimiento y aprobación definitiva, que si no altera la subvención del Estado, se hace por la tática.

El Director, al administrar el presupuesto, tiene atribuciones, con la aprobación de la Junta de Gobierno, para hacer transferencias de unos capítulos a otros.

La subvención del Estado, que es el ingreso principal, se cobra en firme, en vez de a justificar, como es norma en los organismos que no disfrutan de autonomía, lo que obliga a éstos, al final del año económico, a devolver las consignaciones no invertidas o a gastarlas apresuradamente, y, por lo tanto, de mala manera.

No doy más detalles del funcionamiento de la autonomía; sólo añadiré que desde que ésta se estableció se han multiplicado los donativos de Empresas y particulares, por la confianza que inspira la Escuela, y en varios testamentos se consigna que los legados se

hacen a la Escuela autónoma. Fácil sería a todos los Centros de enseñanza organizarlos como autónomos, de un modo análogo a la Escuela de Caminos, en vista del excelente resultado que en ésta se ha obtenido.

VII

Palabras finales de esperanza.

Quisiera terminar con palabras de esperanza en un porvenir más venturoso que el que ofrece hasta ahora esta desdichada postguerra, en la que incluso las naciones europeas vencedoras, como Inglaterra y Francia, han quedado tan deshechas como las vencidas.

Cuanto visitan Norteamérica vuelven maravillados de su potente industria, sus fantásticas obras de Ingeniería, sus talleres, sus laboratorios, sus clínicas, su envidiable riqueza. El insigne Dr. Marañón, en su discurso de contestación al de ingreso de D. Esteban Terradas en la Academia de la Lengua, dijo que "dentro de todo eso que parece materia pura tiene una escondida y maravillosa poesía que aun no ha encontrado, es cierto, a su Homero, pero que ya lo encontrará". Esperemos confiados en que tan halagüeñas esperanzas se cumplan y que Norteamérica, dé el ejemplo de espiritualizarse, poniendo sin tardanza orden en los estudios universitarios, consagrando los exclusivamente al fomento de la cultura, para que se coloquen así las Universidades a la cabeza de la enseñanza, y de ella salgan los hombres cultos que se pongan al frente de las naciones, condición indispensable para que la paz reine en el mundo.